

despidiendo el olor de mi suavidad; y mientras que subirán, yo los doraré con los rayos de mi luz, y con estos rayos daré fe de mi complacencia: por esto me complazco en tí. Sí, tú eres mi Hijo el amado, en quien yo me he complacido. Tal es, oyentes míos, el significado de las palabras que el Padre celestial dirigió á Jesús en el monte Tabor y que el Espíritu de Dios inspiró á sus Santos en los divinos Libros.

*Segunda parte.*

11. Ahora, pues, la claridad de Jesús transfigurado, la aparición de Moisés y Elías, y la voz salida de la nube nos demuestran de un modo admirable la naturaleza divina del Salvador, que ilumina la humana, y las dos juntas nos representan, como dije al principio, la viva imágen de su divina gloria natural. Mas como la Transfiguracion de Jesucristo nos demuestra igualmente, segun he dicho ya, la gloria comunicada por él á la naturaleza humana en los cuerpos todos de los Santos, representándonos en su santo cuerpo la clarísima imágen de aquella gloria; por eso me parece conveniente deciros algo sobre este particular. Breves serán mis palabras; mas si me escuchais con devoto corazon, supliréis fácilmente el defecto de mi brevedad.

12. Entre los santos Padres latinos, y aun mas entre los griegos, hubo muchos que escribieron con sabiduría y elegancia sobre el misterio de la Transfiguracion; y aunque todos lo trataron de diverso modo, segun sus conocimientos ó su particular ingenio, y segun las luces que Dios se habia dignado infundirles; sin embargo no hay uno solo de ellos que no haya visto en tan admirable acontecimiento la imágen de la gloria y de la luz, con que los cuerpos de los Santos resplandecerán eternamente en el cielo. Nada diré yo, amados míos, de sus altísimas contemplaciones sobre la Transfiguracion del Señor, superiores de mucho á la fuerza de mi locucion; apuntaré tan solo algunas ideas menos sublimes, expresadas por aquellos Padres con lenguaje sencillo y llano. ¿Por qué razon, dicen ellos, plugo á Jesús manifestar la divina luz de su sagrado cuerpo á algunos hombres de la tierra, mas bien que á algunos de los mas sublimes espíritus de los coros angélicos? ¿Por qué Moisés y Elías resplandecian al lado de él con su luz? ¿Por qué con la misma luz de Jesús relucian sus vestidos? ¿Por qué vino del cielo una nube luminosa? ¿Por qué salió de la nube la voz del Padre y dijo las mismas palabras que antes habia pronunciado sobre el Jordan,

cuando fue allí bautizado Jesucristo? ¿Por qué todas estas cosas? ¿Por qué, concluyen los santos Padres resumiéndolas todas en una, y exponiéndonos distintamente sus místicas doctrinas, por qué se revela en estas cosas á las almas escogidas la gloria y la claridad de sus cuerpos, á los cuales Dios, volviéndolos á la vida inmortal, resucitará y hará resplandecer en su reino cual otros tantos soles?

13. Aunque los Ángeles que adoraban al Señor en las cimas del monte Tabor eran quizá mas numerosos que las hojas, las flores y las yerbas de aquellas amenísimas laderas; el Señor, empero, no llamó allí expresamente á ninguno de los Serafines, de los Querubines, ó de los Ángeles de los demás órdenes, para que presenciasen su Transfiguracion; pero llamó allí á su presencia á Pedro, Santiago y Juan, y á Moisés y Elías, para que sus discípulos vieran la gloria de su lucidísimo cuerpo, y para que sus Profetas, no solo la viesesen, sino que además, casi glorificados, resplandeciesen con ella. Llamó á su lado y delante de sí, no á los Ángeles que carecen de cuerpo, sino á los hombres, de cuya naturaleza forma el cuerpo, una parte sustancial; llamó á dos que no viven ya entre los hombres y á tres de los vivientes sobre la tierra, para que estos, y con estos todos los fieles de todos los tiempos, contemplasen la gloria de su santo cuerpo, y en ella viesesen la clara y viva imágen de la gloria que los bienaventurados cuerpos de aquellos para quienes la cruz no es necesidad, sino virtud de Dios, obtendrán en el dia de la universal resurreccion de los muertos. Llamó á Moisés, antorcha luminosísima de la ley divina; llamó á Elías, fuego ardentísimo del profético celo; llamó á Pedro, inmovilísima piedra de su Iglesia; llamó á Santiago, primicia apostólica de los mártires de su fe; llamó á Juan, sagrario virginal del amor de él y de sus misterios.

14. La nivea candidez y el resplandor que la luz del cuerpo del Señor comunicó á sus vestiduras, nos demuestra la claridad y la belleza que la divina gloria de Jesucristo comunicará á los cuerpos de sus escogidos en el santo reino de los cielos. Porque, dicen los Padres, así como la claridad del cuerpo de Jesús transfigurado fue la imágen de la claridad de su cuerpo resucitado, así tambien la claridad de sus vestiduras fue la imágen de la claridad de los cuerpos resucitados de los Santos. Empero la claridad del Señor superará á la de los Santos, cuánto la luz del sol supera á la blancura de la nieve. Sin embargo, los Santos resplandecerán con la luz de su Señor mas que el sol. El Señor los reunirá á todos al rededor de sí.



sí y los transfigurará en su luz, y una vez transfigurados, se adornará con ellos como con sus espléndidos vestidos, y con ellos se engalanará como con sus collares, y sus perlas y sus piedras preciosas, á la manera que la nueva esposa, segun la expresion del Profeta, adórnase con ricos collares y perlas y piedras preciosas el cuello y el pecho. ¡Oh! cuán grande será, hermanos míos, la felicidad de que gozarán eternamente los Santos, inseparablemente unidos al supremo Rey de la gloria! Llorarán los impíos, y clamarán en medio del horroroso fuego del infierno, donde arderán juntamente sus almas y sus cuerpos: verán la gloria de que gozarán en el cielo los Santos, resplandecientes con la luz divina, y la verán para su mayor alieccion y tormento; y sus clamores y su llanto no tendrán fin.

15. Ahora ¿qué diré, oyentes míos, de la nube luminosa que vino del cielo sobre el monte Tabor, y de la voz del Padre que salió de la nube, repitiendo aquellas palabras que el mismo Padre eterno habia proferido á orillas del Jordan? Estos dos sucesos encierran en sí dos principales misterios: el misterio altísimo de la sagrada Trinidad, y el misterio de nuestra perfecta adopción como hijos de Dios en la gloria. Aunque Dios es á la vez uno y trino; uno por cuanto es una sola la naturaleza, la sustancia y la esencia divina, y trino, por cuanto son tres las divinas personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; sin embargo, Dios, en los antiguos tiempos, no reveló la trinidad de las personas con tanta claridad como habia revelado la unidad de la esencia divina. Mas, cuando llegó el cumplimiento de los tiempos, el Señor reveló expresa y clarísimamente la admirable trinidad de las divinas personas, haciendo esta revelación de un modo particular y sensible en el Jordan y en el monte Tabor. Al salir Jesús, después de su bautismo, de las sagradas aguas del Jordan, abriéronse encima de él los cielos, y el Espíritu Santo en figura de paloma se posó sobre él, y oyóse una voz que decía: Este es mi Hijo el amado, en quien me he complacido. Entonces manifestóse la divina persona del Padre, en la voz que vino del cielo; la divina persona del Hijo, en Jesucristo salido de las aguas, y la divina persona del Espíritu Santo, en la paloma. De un modo semejante, sobre el monte Tabor se manifestó la persona del Padre, en la voz que vino de la nube; la persona del Hijo, en Jesús transfigurado; y la del Espíritu Santo, en la nube luminosa que vino del cielo y se posó en la cima del monte. Ahora bien, siendo la natural y eterna filiación de Jesucristo, Verbo encarnado, el dulce

lazo de nuestra adopción como hijos de Dios, lazo que por medio del amor divino nos une y estrecha con el Padre celestial; y debiendo considerarse nuestra adopción bajo el doble respecto de la gracia y de la gloria; convenia, dicen los Santos, que el Padre, que es el único que, en su perfecta sabiduría, en unión con el Hijo y con el Espíritu Santo, tiene conocimiento de la generación perfecta de su Unigénito, declarase con su voz, en el Jordan y en el Tabor, que Jesús es su Hijo amado, en quien se complace. La adopción como hijos de Dios requiere, hermanos carísimos, conformidad de imagen con el Hijo divino, cuya conformidad es hecha por Dios, segun sus eternos decretos, primeramente en los viadores de la tierra, mediante su gracia, y en segundo lugar, en los bienaventurados del cielo, mediante su gloria. La primera, que es una conformidad imperfecta, nos la da Dios gratuitamente en el Bautismo, por el cual aunque somos hechos hijos de Dios, no se sabe aún, como dice san Juan, lo que vendremos á ser: la segunda, que es una conformidad perfecta, y que se nos demuestra en la claridad del divino Hijo Jesús transfigurado, nos la da Dios en el cielo empíreo, en el cual, añade san Juan, sabemos que, cuando aparecerá Jesucristo, serémos semejantes á él, porque le verémos tal cual es en su divinidad. Por esto el Espíritu Santo, que en las aguas del Jordan apareció en figura de paloma, que significa la inocencia y la candidez de los bautizados en su primera regeneración, en el monte Tabor apareció en forma de nube luminosa, que significa la claridad de los cuerpos de los Santos en la segunda regeneración de estos, cuando serán resucitados por la virtud de Dios, é iluminados por la beatífica luz de la divina gloria, mas que los vapores del aire cuando los iluminan los rayos del sol. Finalmente, en la nube que vino del cielo á la cima del monte, y se extendió en forma de esplendísimo tabernáculo sobre Jesús, Moisés y Elías, se nos representan los cielos y la tierra, los cuales, cuando en la manifestación de la gloria de los hijos de Dios serán renovados, dotados de perfectísima belleza é iluminados por una luz purísima, serán para los Santos que habrán resucitado, y vivirán y se moverán en Jesucristo, una especie de tabernáculo y de sagrado espejo, en cuya luz y belleza verán con sus ojos, de una manera nueva y con nueva delectación, reflejada la esencial luz y belleza de él, á quien ellos mismos ven cara á cara y gozan intuitivamente.

16. En el presente discurso os he demostrado, oyentes míos, en cuanto me lo han permitido mis cortos talentos y mi escasa ins-



truccion, os he demostrado, repito, como Nuestro Señor Jesucristo, en la gloria de su Transfiguracion, nos manifestó, segun he dicho, primeramente su naturaleza divina, que regia é irradiaba la humana, y nos hizo contemplar en aquella la imágen clara y viva de su divina gloria natural; tambien he demostrado, segun he dicho despues, por los pocos conceptos de los santos Padres que os he expuesto sencilla y brevemente, cómo el bondadoso Jesús, en los misterios de su Transfiguracion, por la presencia de sus discípulos, por el resplandor de sus vestiduras, por la nube luminosa y por la voz de su eterno Padre, nos manifestó la gloria adquirida por él mismo á toda la naturaleza humana en los cuerpos de los Santos, y nos hizo contemplar igualmente en la claridad de su sagrado cuerpo la esplendorosa y viva imágen de la claridad de los cuerpos de los Santos glorificados en él y por él. Ahora, pues, hermanos míos, al recordar estas dos bellísimas imágenes, que sin duda os han causado un gran consuelo y una gran delectacion, y os la causarán siempre que las traigais á la memoria, recordad tambien que Moisés y Elías en la gloria del Tabor hablaron con Jesús de la muerte que habia de padecer en la cruz, con cuyo razonamiento nos enseñaron que la gloria celestial es exclusivamente fruto del árbol de la cruz. Por tanto, es menester, amados míos, que, ya que no corporalmente, nos transfiguremos espiritualmente en Jesucristo crucificado, mientras vivimos esta brevísima vida mortal, á fin de que despues de esa seamos transfigurados en Jesucristo en la eterna vida inmortal. Verdad es que la crucifixion espiritual es dolorosa, pero tambien es verdad que ella es para los que peregrinamos en esta tierra el único recto camino de salvacion. *Tribulationem patimur, dice san Pablo, semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris.* Padecemos dolores y allicciones llevando de continuo en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesús, á fin de que la vida de Jesucristo se manifieste tambien en nuestros cuerpos al tiempo de nuestra dichosa resurreccion. Padecemos, sí, pero nos son dulces y amables las penas y los dolores. *Quod non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis;* porque no son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros. *Id enim, quod in præsentí est momentaneum, et leve tribulationis nostræ, supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis:* El peso de nuestras mortificaciones, que es momentáneo y ligero en comparacion de la infinidad y eternidad de

los goces celestiales, hace que merezcamos y alcancemos una altísima y preciosísima recompensa y beatitud en la eterna gloria del paraíso. Mortifiquémonos, pues, en la cruz, hermanos míos; porque la cruz es *Lignum vitæ his, qui apprehenderint eam, et qui tenuerit eam; beatus,* dice la Escritura: La cruz es árbol de vida para los que la alcanzan; y bienaventurados aquellos que saben conservarla. Transfiguremos, pues, hermanos míos, en Jesús crucificado, como, segun he dicho, nos conviene que lo hagamos, á fin de que seamos transfigurados en Jesús glorioso. Para que podamos alcanzarlo, ya que por nosotros solos no somos capaces de formar siquiera una sola idea, suplicámoste, ó Jesucristo, Señor nuestro, Señor piadoso, que te transfiguraste en tus esplendores sobre el monte santo para hacernos apetecibles y agradables los padecimientos; nos concedas tu eficazísima gracia, en virtud de la cual, conforme al deseo que has infundido en nuestros corazones, te bendigamos y glorifiquemos en el Gólgota y en el Tabor, en union con el Padre y con el Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amen.